

EL secretario de Estado norteamericano no ha ahorrado elogios a la democracia española siguiendo la línea de Ronald Reagan que llamó al Rey de España «campeón de la democracia», durante la última visita del jefe del Estado español a Washington. Detrás de tanta felicitación alborozada aparece nitidamente el deseo de hacer olvidar una sobrecogedora frase pronunciada en la madrugada del 24 de febrero de 1981 por un portavoz del Departamento de Estado: «Lo que sucede en España en estos momentos son asuntos internos de aquel país.»

Pero Haig no sólo ha elogiado en Madrid la democracia española y ha condenado la intervención militar en Polonia: el secretario de Estado norteamericano ha justificado de tal modo la dictadura militar turca que sus palabras no han pasado en absoluto inadvertidas ni para los demócratas temerosos de una tentación turca en sectores de las Fuerzas Armadas ni

y cantones con suma facilidad; no faltaron tampoco defensores de un liberalismo a la americana ni profesores de economía que exhibieran su adscripción a las tesis de la Escuela de Chicago mientras Fraga proponía un sistema electoral mayoritario como en Gran Bretaña. Nadie, sin embargo, se atrevió nunca a hablar de Turquía, ni ningún partidario de una España moderna lo ha hecho ahora, después del golpe de estado del 12 de septiembre del 80.

La primera noticia de que Turquía podía llamar a la puerta española para ofrecer su modelo por reclamo interior se tuvo en el otoño del 80 cuando se supo que el agregado militar en la embajada de España en Ankara, el inolvidable coronel Quintero, había elaborado un informe minucioso sobre la intervención militar dirigida por el jefe del estado mayor turco, general Kemal Evren, que se autoproclamó presidente del país, para una etapa transitoria en la que se establecería el orden. Los países europeos, impresionados todavía por los sucesos de Irán y por las cifras

referéndum que aprobó la Constitución democrática. La noche del 23 de febrero Quintero se encontraba en Madrid porque había acudido desde Ankara, debidamente autorizado, a una visita de su médico.

Los analistas del todavía confuso intento de golpe de Estado comenzaron después del 23 de febrero a barajar nuevamente modelos internacionales para aproximarse a lo sucedido. Se dijo que mientras unos sediciosos preferían un golpe a la turca otros en realidad soñaban con darlo a la chilena; Alfonso Armada, escribía el profesor González Casanova, soñaba con implantar un «gaullismo a la turca» en el que, naturalmente, De Gaulle era él.

El modelo turco, que tantos ciudadanos de aquel país padecen, entraba así en el catálogo de soluciones propugnadas para España. Y el general Haig, cuyos elogios a la democracia española no han dejado de tranquilizar así como su entrevista con Felipe González, en realidad ha recordado —por si alguien lo había olvidado, desapareciendo los efectos políticos de tipo narcótico que el 23-F produjo— que Turquía existe en el catálogo.

A un grupo de ciudadanos de este país, sin embargo, no hacía falta que se les recordara porque llevan a Turquía en su corazón. Había que estar si no en el Salón Turquesa —el de las «Multitudes» del Club Siglo XXI para escuchar la alocución con acento turco que lanzaba allí don Federico Silva Muñoz de quien Manuel Vázquez Montalbán escribió una vez: «Silva y Fernández de la Mora son la perfecta imagen de esos primeros civiles que entran en un gobierno de militares después de un golpe.»

Bien, pues, Silva, el martes 9 de febrero por la noche, poco antes de que Haig aterrizara en Madrid procedente de Washington, presentaba su receta para España que es justamente la que el general Evren propugna ahora para Turquía. Silva ya había advertido en las páginas de «El Alcázar» el pasado 22 de noviembre, dirigiéndose a los asistentes a la plaza de Oriente, que «esa concentración preside el deseo de construir la patria que el proceso de transición nos ha negado». Hay que ir a una «nueva democracia» dicen Evren y Silva. Hay que ir a un presidencialismo y un bipartidismo, dicen Evren y Silva. Hay que dejar a los comunistas fuera de la legalidad dice Evren y no hace falta ni que lo diga Silva.

Emilio Romero, puntual cronista a través de «Ya» de cualquier acontecimiento registrado en su sensible sísmógrafo de la edición, amplificaba la dimensión de las graves palabras de Silva y, decía, diciendo, lo que Silva no pudo decir: que el presidencialismo en una Monarquía es imposible. ■

ALEXANDER HAIG, FEDERICO SILVA Y EL SINDROME

MANUEL CAMPO VIDAL

para los laboriosos civiles comprometidos en forzar una operación quirúrgica a la turca en el cuerpo de la democracia española.

Por empeño de ese grupo de ciudadanos —no sólo civiles— Turquía, «el enfermo de Europa», se incorpora así al desfile de modelos internacionales en los que España debería elegir traje a su medida. Entre el alud de declaraciones de los incipientes políticos de la transición española se hizo desfilar a media Europa y América en Prensa y radio, en voz alta y al oído, en mítines de ciudades y pueblos... Los había, en el PSOE básicamente, partidarios de un socialismo germano mientras la Federación de Partidos Socialistas defendía el socialismo a la chilena; se propugnaba por el PCE un comunismo a la italiana y por Líster según el modelo soviético; Jordi Pujol hablaba de una socialdemocracia a la sueca —ahora ya lo olvidó definitivamente— mientras Fernández Ordóñez se reunía con el socialdemócrata portugués Sa Carneiro; no faltaban valedores del neutralismo austríaco, del federalismo alemán y, con retoques del suizo, aunque se solía confundir federalismo

anuales de muertos por terrorismo en Turquía que llegaban a 1.500 al existir enfrentamientos entre el grupo neofascista del coronel Turkesh, extremistas maoístas y grupos islámicos en franca progresión, ni condenaron el golpe ni solicitaron la retirada de Turquía de la OTAN. El gran temor al aislamiento exterior se desvanecía, pues, ante el sonoro silencio europeo que sólo diecisiete meses más tarde se ha roto tímidamente en el Consejo de Europa reclamando una vuelta a la normalidad.

El redactor del informe sobre el denominado «golpe blando» por algunos medios periodísticos —11 ejecuciones reconocidas, 70 condenas a muerte dictadas, 50.000 detenidos y 70 muertos en prisión por torturas y malas condiciones según Amnistía Internacional—, el coronel Quintero, antiguo jefe superior de Policía de Madrid, formado en Estados Unidos y creador de un estilo policial conocido como el «quinterismo», estaba destinado en la Dirección General de la Guardia Civil cuando Tejero y Sáenz de Ynestrillas proyectaban tomar el Palacio de la Moncloa el 17 de noviembre de 1979, pocos días antes del